

## A MI MADRE

MARÍA ANTONIA LASSO PÉREZ

Querida madre: ¡qué circunstancias tan difíciles vivió en su niñez! La pérdida de su madre, que dejaba cinco hijos en la orfandad, familia a la que su padre mantuvo unida a través de los años sin volver a casarse. Los crió y, aunque con muchas carencias materiales, nunca faltó la comida en la mesa. En su juventud, alternó las obligaciones en casa con la diversión con las amigas. El baile de los domingos, amenizado por la pianola, cuyas notas son un recuerdo entrañable de mi infancia.

Fue en ese baile donde mi padre la vio por primera vez y dijo: “¡Con ella me voy a casar!”, sin haberse conocido aún. La invitó a bailar el “forastero” (él era de otra provincia). Usted se negó y, prudente, dijo que estaba muy cansada. La sacó a bailar otro amigo del pueblo, aceptó y fue mi padre a reclamarle: “La señorita dijo que no quería bailar, así que si no es conmigo, tampoco será contigo”. Usted se fue llorando a casa, avergonzada por lo sucedido, pero él fue tan firme e insistente, que al poco tiempo iniciaron un noviazgo con la aprobación de mi abuelo.

Dos años después, a mi padre se le presentó la oportunidad de venir a México a trabajar con un tío. Mi padre, atrevido, le dijo a su futuro suegro que se quería casar con su hija, pero que necesitaba tiempo y trabajo duro para tener algo que ofrecerle a su futura esposa. Transcurren seis largos años de idilio a distancia, alimentado únicamente con las anheladas cartas; confiando

uno en el otro, a pesar de las habladurías de algunas “amigas” que se atrevían a decirle que él ya se había casado en México: “¡Eres una tonta al esperarlo!” Pero el amor triunfa sobre la adversidad y la distancia, y en diciembre del 56 se casan por carta poder. En representación de mi padre, mi abuelo Valentín asiste ceremonioso.

Llegó el momento deseado y usted voló a reunirse con su amado en México, a lo desconocido, a una cultura distinta. Misa en la catedral metropolitana, engalanados con los trajes de boda; foto oficial para que su padre no tuviera ninguna duda de la autenticidad del casamiento. Luna de miel en Veracruz, a conocer a la familia; ahí prueba los desconocidos manjares mexicanos, que primero la sorprendieron y después le gustaron tanto.

Ilusionados viajan a la ciudad de Chihuahua a iniciar la vida familiar, donde mi padre había fundado su propio negocio: la fábrica de chocolate La Rosa. En 1958 nace su primogénita, María Antonia y, al año siguiente, Mercedes. Luego deciden traspasar la fábrica y poner un restaurante de comida española en Ciudad Cuauhtémoc, pero antes, unas merecidas vacaciones en España para visitar a los padres y hermanos de mi padre. De regreso, el proyecto se concreta: La Cueva abre sus puertas en noviembre de 1960. Trabajando duro, criando hijos y adaptándose cada vez más al nuevo país, que ya era como propio.

En diciembre, nace el tan esperado hijo varón: mi hermano Pepito, como cariñosamente le llamábamos. Una alegría más en la familia, pero recién cumplidos los dos años, un fatídico 27 de diciembre, después de haber disfrutado jugando en el campo y ya de vuelta a casa, en un instante la tragedia envolvió nuestras vidas! Hubo una volcadura y murió Pepito. Usted, tranquila, esperaba nuestra llegada sin imaginar lo sucedido.

Recuerdos borrosos vienen a mi mente. Mi padre, desesperado, pidiendo ayuda con Pepito inerte en sus brazos, cubierto de sangre. Yo, pasmada, mirando sin comprender la tragedia.

¿Cómo llegó mi padre con usted, madre, a darle la noticia? No lo sé. Sólo supongo que fue lo peor que tuvo que enfrentar en su vida: causarle ese dolor inimaginable de la pérdida de su amado hijo. El sufrimiento atroz que significa para una madre perder a un hijo no lo concibo, sólo puedo imaginarlo al recordar su rostro.

Nueve meses después de ese evento trágico, nació mi hermana Carmen... ¿Qué embarazo tuvo, madre? De dolor, de tristeza; tal vez por eso hubo una especie de simbiosis entre ustedes. Un año y medio después, nació su última hija, mi hermana Josefina.

Cuando las ilusiones volvían de nuevo a nuestras vidas... ¡Esa maldita enfermedad! El cáncer contra el que tuvo que luchar por un largo año, hasta que su luz se fue apagando. ¡Cuánta falta nos hizo, madre! ¡Era muy joven para morir!

Espero que allá donde esté no exista más que felicidad, liberada ya de las cargas y los pesares terrenales. Un beso desde mi corazón al suyo; desde la tierra hasta la eternidad. Su hija que la recuerda con amor, María Antonia.

Ciudad Cuauhtémoc, Chih.